

divinidad del Hijo, como igualmente al respeto que el universo entero debía á la Madre. Además de que solo el matrimonio, con su manto de honor, podía encubrir el misterio de la Encarnacion, porque los simples desposorios no podian bastar; á lo que debe añadirse, que si José y María no hubiesen sido mas que prometidos en el momento de la Encarnacion del VERBO, no habrian sido otra cosa cuatro meses mas tarde, puesto que el Evangelio nos enseña que María, despues de la Anunciacion, partió á toda prisa para ir á visitar á Santa Elisabet, y que no fué sino al regreso de su viage de Hebron, que habia durado tres meses, *cuando fué reconocido su embarazo*, frase que indica una posicion visible á todo el mundo. Si el matrimonio de María no se hubiera celebrado, sino cuando su maternidad se hizo un hecho patente, reconocido é innegable, ¿qué habrian pensado las dos familias? ¿qué hubiera dicho todo Nazareth, acudiendo á ver la ceremonia? ¿De qué murmuraciones no hubiera sido objeto la Virgen pura, en un pueblo en que el honor de las mugeres era una cosa tan sagrada, que infaliblemente era vengado con el último suplicio? El nacimiento del Mesias, ese nacimiento que debía ser puro *como el rocío de la aurora*, segun la poética espresion de David, ¿no habria sido entonces atacado y manchado? Los judíos, y sobre todo los de Nazareth, que se mostraron tan hostiles á Jesucristo, y que le llamaban *el hijo del Carpintero*, no le hubieran echado en cara la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fué seguramente porque nada tenian que objetarle á este respecto.

He aquí, sin duda, las razones que han decidido á un gran número de ilustres teólogos á adoptar la opinion del matrimonio, no obstante el apoyo que el partido contrario hallaba en las palabras de San Mateo, palabras que parecen prestarse á diferente interpretacion; pero que, sin embargo, no ofrecen un sentido bastante explícito para cortar la dificultad (30). En fin, la disputa no ha recaído jamás sobre el punto principal; esposa ó prometida, nadie entre los cristianos ha puesto en duda jamás que la Madre de Dios fué la mas pura y la mas santa de las vírgenes; los mismos musulmanes convienen en que *ella era la fuente y la mina de toda pureza*.



LIBRO IX.

La Visitacion.

INSTRUIDA María por el Angel de la milagrosa preñez de Elisabet, resolvió ir á ofrecer sus tiernas felicitaciones á su venerable parienta. No fué esto, como se han atrevido á decir algunos hereges, porque la Virgen quisiese cerciorarse por sus propios ojos de la realidad de aquel suceso, que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; ella sabia perfectamente que nada es imposible á Dios, y por otra parte no podia suponer que un Enviado del cielo le trajese de parte del Altísimo palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura; partió á toda prisa, porque la caridad, dice san Ambrosio, no admite dilaciones ni retardo, y ademas, porque buena y benévola, como lo fué toda su vida, le parecia que tardaba en llevar á unos parientes, cuya proteccion habia cubierto su infancia, y que

por largo tiempo la habian considerado como á su hija, un poco de esa satisfaccion y gracias celestiales que brotaban en su alma como inagotables fuentes de agua viva, desde que llevaba en su casto seno al Criador del universo.

Con aprobacion de san José, cuya alma sencilla perp elevada era unisona con la suya, y que no tonia con ella mas que un corazon y una voluntad, María partió de Nazareth en la estacion de las rosas, y se dirigió hácia las montañas de Judea, donde habitaba Zacarías el Aaronita. La Escritura, que olvida los detalles y toma los acontecimientos para referir el hecho, no dice si la Virgen futé acompañada durante este viage: algunos autores han inferido de esto que le hizo sola, lo cual es contrario á toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain (1), es de cinco dias de camino; es preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Ademas, el pais está erizado de altas montañas, cortado por torrentes y sembrado de desiertos (2). El camino, que los romanos repararon mas tarde, hundido entonces por las fuertes pisadas de los camellos, y cubierto de piedras resbaladizas, amenazaba á cada paso al viagero con una caida fatal. Cuando venia la noche, era preciso dormir en algun parador de caravanas, en que no se encontraba otra cosa que un pequeño recinto, desprovisto de viveres y amueblado con una simple esterilla de juncos (3), porque la hospitalidad primitiva habia marcado con sucesivas menguas las diferentes fases de la civilizacion, entonces adelantada entre los hebreos. En semejantes circunstancias, ¿es presumible que un hombre lleno de dias y de experiencia, como José, hubiese espuesto por puro gusto, á una jóven bella, delicada, educada lejos del mundo y confiada como la inocencia, á los peligros é incomodidades de toda clase que ofrecia un viage solitario? Semejante asercion está en contradiccion con la historia del pueblo de Dios y las costumbres del Asia (4); jamás una muger judía se hubiese aventurado, sin una escolta respetable, á tal distancia de su casa.

Si san José, como cree el padre Croisset, no pudo acompañar á María, es probable que la Madre de Dios se reuniese á algunas de sus parientas, á quienes su piedad atraía á la

ciudad santa con sus esposos y criados, y que desde allí prosiguiese su camino con una escolta segura. Así la encontramos viajando siempre en medio de los suyos, sea que vaya á Jerusalem en las grandes solemnidades, sea que siga las predicaciones de Jesus con otras santas mugeres, en un periodo mucho mas avanzado de su vida. Aunque nunca tuvo mejor guardian que ella misma, dice san Ambrosio, jamás se la vió fuera sino fielmente escoltada (5).

Llegada María á la ciudad sacerdotal, donde vivia el levita Zacarías y su feliz esposa, hizose conducir inmediatamente á su morada, bastante conocida de todos, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para descansar. Elisabet, informada por una de sus sirvientas de la visita inesperada de su prima, salió á recibirla con grandes demostraciones de gozo.

Al verla llegar, inclinóse la jóven Virgen, y poniendo la mano sobre su corazon: *La paz sea contigo*, dijo, apresurándose á ser la primera en saludarla (6). Elisabet retrocedió un paso: la expresion animada y amistosa de su fisonomía habia dado lugar á un profundo respeto; sus facciones se fueron iluminando por grados; veíase que pasaba en ella alguna cosa desacostumbrada y portentosa. La simple fórmula de urbanidad que la Virgen pronunció con su voz suave y dulce, habia conmovido á su parienta. De repente el espíritu profético descendió sobre Elisabet, y exclamó: "*Bendita eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre: ¿y de dónde me viene la dicha, añadió, de que la madre de mi Señor venga á visitarme? porque apenas ha llegado á mis oidos el sonido de tu voz, que me saludaba, mi hijo ha saltado de gozo en mi seno. Bienaventurada tú por haber creído; pues lo que te se ha dicho de parte del Señor será cumplido.*"

La respuesta de María fué la sublime improvisacion del MAGNIFICAT, el primer cántico del Nuevo Testamento, y el mas bello de las santas Escrituras:

"Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se arroba de gozo en Dios mi Salvador.

"Porque ha atendido á la humildad de su esclava; en adelante será llamada bienaventurada en toda la serie de los siglos.

“Porque ha obrado en mí grandes cosas AQUEL que es todopoderoso, y cuyo nombre es santo.

“Su misericordia se estiende de edad en edad, sobre los que le temen.

“El ha desplegado la omnipotencia de su brazo; él ha pulverizado á los que se llenaban de orgullo con los pensamientos de su corazón.

“El ha arrojado á los grandes de su trono, y ha ensalzado á los humildes.

“El ha colmado de bienes á los que estaban hambrientos, y ha empobrecido á los ricos.

“El se ha acordado de su misericordia, y ha tomado bajo su proteccion á Israel su servidor.

“Segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abrahan y á su linage para siempre.”

Así fué como la Virgen vió de un golpe, con una luz sobrenatural, esas antiguas profecias y su perfecto cumplimiento; mil veces mas ilustrada y mas privilegiada ella sola, que todos los profetas juntos. “En esta célebre entrevista y en esta admirable conversacion, dice san Ambrosio, María y Elisabet profetizaron ambas por la virtud del Espíritu Santo, de que estaban alumbradas, y por el mérito de sus hijos.”

La Virgen permaneció tres meses en el país de los heheos, pasando esta larga visita á corta distancia de la ciudad de Ain, en el fondo de un sombrío y fértil valle, en que Zacarías tenia su casa de campo (7). Allí fué donde la hija de David, profetisa tambien, y dotada de un genio igual al del ilustre gefe de su familia, pudo contemplar á satisfaccion el cielo estrellado, los bosques sonoros, y el vasto mar que desplegaba al horizonte sus olas agitadas ó apacibles sobre las azuladas y retumbantes playas de la Siria. La santa Virgen no miraba por cierto con indiferencia esas espléndidas escenas de la creacion. Las obras todas de la naturaleza le hablaban de su grande Autor, y despues de haber encantado su vista, venian á arrobar dulcemente su alma. La llanura que se estendia á sus ojos mas allá de las montañas de la Arabia, la bóveda azulada que cual un vasto pabellon se despliega sobre las habitaciones de los hombres, le daban una idea del Dios

criador; las espigas doradas de las cosechas, los sabrosos frutos, y la frescura del manantial de la montaña, le anunciaban su providencia; la voz de las tempestades, su poder; la armonia de los cielos, su sabiduría; y el cuidado que toma de los pobres pajarillos del aire, y de los insectos, su bondad.

“¿Cuán grande es, decia la Hija de los profetas, cuán grande es AQUEL que da sus órdenes á la estrella de la mañana, que señala á la aurora el punto del cielo en que debe aparecer, que manda al trueno, y á quien el rayo mismo dice al presentarse: ¡héme aquí! ¡Cuán grande es! pero su bondad es igual á su poder. El es quien ha puesto la cordura en el corazón del hombre, y dado el instinto á los brutos animales: El es quien provee á las necesidades incesantes de todas sus criaturas, quien da calor bajo la arena al huevo del avestruz, y vela sobre el behemoth cuando se duerme en medio de un canaaval á la sombra de los sauces del torrente; quien prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos ponen sus gritos en el cielo y van errantes y hambrientos por el campo. Entonces, á imitacion del Salmista, la santa Virgen convidaba á toda la naturaleza á bendecir con ella al Criador.

En sus excursiones campestres al traves de las montañas, AQUELLA á quien piadosos autores han dado el dulce nombre de *Margarita de la tierra*, se complacia en contemplar esas sencillas flores del campo, á las cuales la compara Salomon en su misterioso cántico. Un dia, dicen los doctores de la Persia que nos han conservado esta tradicion, la gloriosa Virgen María puso su mano sobre el tallo de una flor que los árabes llaman *cuthaita*, y el contacto de su mano virginal comunicó inmediatamente á la planta una suave fragancia que desde entonces ha conservado (8). La tradicion de los cristianos de oriente, designa tambien una fuente bullidora, hácia la cual dirijia algunas veces sus pasos la Madre de Jesus, por gustarle mucho su eco plañidero y sus aguas saltadoras. Esta fuente, llamada *neplita* en el tiempo de Josué, lleva ahora el nombre de María (9).

Tras de la elegante *casa de campo* del pontífice hebreo, estendíase uno de esos jardines llamados *paraísos* entre los persas, y cuyos adornos y disposicion habian imitado los cau-

tivos de Israel del pueblo de Ciro y de Semíramis; veíanse allí los más bellos árboles de la Palestina, y amenizaban su sombra encantadora las mazoreas de flores arrojadas á la ventura entre las florestas, el suave perfume de los naranjos, y los arroyos de agua que serpenteaban bajo los ramos pendientes de los sauces. Allí era donde la dulce y tierna conversacion de María hacia olvidar á Elisabet sus temores sobre un suceso cuya esperanza la colmaba de gozo, pero que su avanzada edad podia hacer funesto para ella. ¡Cuán religiosa debia ser la plática de aquellas santas mugeres! La una jóven, sencilla é ignorante del mal, como Eva al salir de las manos del Criador; la otra cargada de dias, y enriquecida con una larga experiencia de las cosas de la vida; profundamente piadosas entrambas, y objeto de las complacencias de Jehová; la una llevando en su seno, por largo tiempo estéril, á un hijo que debia ser *profeta y mas que profeta*; la otra, el fruto bendito del Altísimo, el gefe y el libertador de Israel.

En las hermosas noches del estío, cuando el pálido resplandor de la luna alumbraba las florestas, colocábase bajo una coposa higuera, ó bajo los verdes pámpanos de un frondoso parral (10), la comida de la opulenta familia: el corderillo alimentado con la yerba aromática de las montañas, el sabroso cabrito, el pescado cogido por los pescadores sidonienses, y el panal de miel silvestre sacada del hueco de la vieja encina; en seguida, traíanse en verdes canastillos diestramente hechos con hojas de palmera, los dátiles de Jericó (11), que se ostentaban sobre la misma mesa del César, los albaricoques de Armenia, los alfónsigos de Alepo, y las sandías de Egipto; en fin, circulaba en ricas copas, que iban llenando los criados con alegres rostros, el dorado vino del Líbano, el jugo perfumado de las copas lejanas del mar de Chipre y el vino de los collados de Engaddi, que el mayordomo conservaba en cubas de piedra (12). María, parca como siempre, en medio de esta abundancia se contentaba con algunas frutas y un vaso de agua límpida. Su frugalidad no era para ella una virtud forzosa, una abstinencia de circunstancias; era un hábito de eleccion (13).

Algunos autores, para realzar la humildad de la santa

Virgen, que no necesita de que nadie venga en su apoyo, han pretendido que desempeñaba al lado de Elisabet las funciones de *criada*, y casi de esclava.

Semejante asercion es verdaderamente absurda. Elisabet no habria permitido jamás que una muger á quien ella misma habia proclamado la Madre de su Señor, y á quien habia altamente ensalzado sobre todas las hijas de Sion, se humillase así en su presencia. A la santa esposa de Zacarías (14) no debian faltar esclavos ni criados. Segun la confesion de los cristianos y judíos, esta familia era distinguida; y el ilustre nacimiento de san Juan Bautista oscureció en cierto modo el de Jesucristo, nacido de padres mucho menos notables, y viviendo pobremente la vida ordinaria del pueblo.

Los cuidados que la amable y dulce Virgen prodigaba á Elisabet, nada tenian de penoso, ni de servil: eran tan solo aquellas atenciones afectuosas y delicadas, que habria prodigado á su madre si el cielo se la hubicra conservado; y frecuentemente, sin duda, creyó ver á los autores de sus dias en la pareja cariñosa, devota y venerable, que la amaba paternalmente, y le demostraba desde la primera entrevista, en que sus grandezas se revelaron de un modo tan prodigioso, un sentimiento de admiracion mezclado de respeto, que María se esforzaba humildemente en desviar, pero que sin embargo no pudo disipar.

Fácil es comprender, dicen los santos Padres, cuántas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre aquella familia sacerdotal, que tan tiernamente la habia acogido. Si el Señor bendijo á Obededon y á cuanto le pertenecia, hasta el punto de inspirar celos al santo rey David, por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la alianza, ¡cuántas gracias no debieron descender de lo alto sobre Zacarías y todos los suyos, durante los tres meses de permanencia de AQUELLA de quien el Arca de la antigua ley era únicamente el emblema, por santa y respetable que fuese! “La pureza con que vivió siempre san Juan, dice san Ambrosio, fué un efecto de la uncion y gracia derramadas en su alma por la presencia de la Virgen.”

Ignórase completamente si la Madre de Dios asistió al alumbramiento de Elisabet. Orígenes, san Ambrosio, y otros

graves autores así antiguos como modernos, se declaran por la afirmativa; y no hay duda que esta opinion es la mas verosímil; porque ciertamente hubiera sido muy extraordinario que María, despues de haber pasado tan larga temporada en casa de su parienta, la dejase bruscamente en la hora del peligro, y sin ningun motivo razonable que justificase una marcha tan intempestiva como precipitada. La costumbre exigia que todas las matronas de la familia rodeasen á la nueva madre, para regocijarse con ella de su felicidad: el mismo Evangelio nos dice que Elisabet no fué abandonada en esta circunstancia, y que para celebrar el nacimiento de san Juan Bautista, se reunió en casa de su padre un gran número de parientes y de amigos.

Los teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y san Ambrosio, se apoyan principalmente en el pasage de san Lúcas, que no habla del alumbramiento de Elisabet, sino despues de haber regresado la Virgen á Galilea. Nos ha parecido que esto valia el trabajo de reflexionarlo bien: hemos por eso examinado escrupulosamente el Evangelio de este Santo; su exámen minucioso nos ha convencido, salvo error, de que dicha razon no es concluyente, porque san Lúcas tiene el método de hacer esa especie de trasposiciones, de lo que podemos citar otros dos ejemplos del mismo género. Despues de haber seguido la predicacion de san Juan Bautista y anunciado su prision, san Lúcas habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo, cuya prioridad á la prision y muerte del Precursor no es dudosa. Refiriendo la adoracion de los pastores, san Lúcas se estiende sobre la narracion maravillosa que hicieron de su viage á la gruta de Belen, y del asombro que esa narracion causó; despues de lo que, volviendo sin transacion á la escena suspendida de la adoracion de los pastores, habla de su marcha del establo de Belen. He aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de san Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista.

A mas del pasage de san Lúcas, aléganse razones de decoro, para motivar la ausencia de María. Dicese que las vírgenes no asistian á esta especie de fiestas, lo que es muy regular; pero María estaba casada, y por consiguiente obligada á des-

empeñar aquellos deberes de urbanidad, de que no podia dispensarse sin faltar á las costumbres admitidas por tanto tiempo entre los patriarcas. Argúyese sin razon con los hábitos retirados y solitarios de la Virgen, para concluir de aquí que la sola proximidad de las fiestas con que se celebró el nacimiento del precursor de Jesucristo, la hizo emprender de nuevo su marcha, cual una tierna paloma espantada. María, sin embargo, pudo muy bien conciliar su poca inclinacion al mundo, con aquel sentimiento esquisito de conveniencia que le atribuyen los santos Padres, y con su tierna solicitud por la sobrina de su madre. Así, pues, debió permanecer bajo el techo del pontífice hasta que Elisabet estuviese fuera de peligro; y en seguida, huyendo de la admiracion que nunca dejaba de escitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías (15).

Un autor religioso dice, que la bienaventurada hija de Joaquin habia ido á toda prisa á visitar á su prima, pero que se alejó lentamente y como á su pesar, de los frescos valles cuyas encinas habian dado hospedage á los ángeles (16); ella quizá, cual el pájaro de los mares, tenia tambien el presentimiento de las tormentas.



LIBRO X.

La Vuelta de Hebron.

DE retorno de Nazareth, María entró de nuevo sin esfuerzo en la vida del pueblo, y emprendió nuevamente las humildes ocupaciones que habia tenido necesidad de suspender, en la elevada esfera que acababa de dejar. Volvió á ser la joven ama de casa, activa y diligente, que hallaba tiempo para la oracion, tiempo para la lectura de los libros sagrados, cuya conversacion toda estaba en el cielo, y que parecia haberse aplicado aquellas hermosas y prudentes palabras del Salmista:

“Todo el honor de la hija de un príncipe, consiste en el interior de su casa.” Entre tanto, avanzaba en su preñado virginal, y José empezaba á volverse melancólico.

Una punzante incertidumbre, una vacilacion dolorosa, traspasaban el alma recta y noble del patriarca. Al principio no dió crédito á sus propios ojos, y le pareció mejor dudar del testimonio de sus sentidos, que de la pureza de una esposa que habia creído siempre un prodigio de candor y de santidad. Preguntábase si era posible que una muger tan reservada, tan honesta y tan fervorosa, una muger cuya hermosura no revelaba sino pensamientos dignos, y cuyas acciones, las mas sencillas, estaban marcadas con el sello del cielo, hubiese faltado al honor y manchado el nombre y la vida del hombre, que la habia recibido bajo su techo como á una cosa santa. Esto era imposible, era una sugestion del infierno, y José rechazaba esta idea como una blasfemia. Empero, el estado de María se hacia cada dia mas y mas palpable: *se conoció que estaba preñada*, dice el Evangelio, lo que quiero decir que todo Nazareth lo advirtió, y que los parientes de José, ignorando el casto lazo que unia á los dos esposos, le ofrecieron con la mayor inocencia de corazon felicitaciones crueles, que debió recibir sin que su rostro se alterase, y que le alumbraron de repente á la manera del rayo. ¿Qué hacer entonces! ¿Tener en su casa á una muger adúltera? Eso era pecar contra la ley, y cubrirse de infamia á sus propios ojos; porque Salomon ha dicho: “el que tiene consigo á una muger adúltera, es un loco, un insensato.” ¿Repudiarla sin alegar la verdadera causa? Pero María preñada queda repudiada por el solo hecho del repudio; jamás se hubiera creído que un hombre grave y temeroso de Dios, un hombre de costumbres austeras y sencillas, repudiase al mismo tiempo á la madre y al hijo, sin los motivos mas imperiosos. Segun el protoevangelio de Santiago, en la primera expansion de su dolor, José se prosternó delante del Señor, con el rostro inclinado y lloroso, y exclamó: “¿Quién me ha traicionado! ¿Quién ha traído el deshonor á mi casa!” Cediendo despues á su ternura por la jóven huérfana, á quien siempre habia mirado como la perla y el honor de su sexo, se acusó amargamente de

no haber aguardado lo bastante. “¿Ay! se decia á sí mismo, mi historia es la de Adán; cuando reposaba con mayor confianza en su gloria y en su felicidad, he ahí que Satanás engañó á Eva con palabras mentirosas, y la sedujo!” (1) Cuando José se hubo calmado lo suficiente para reflexionar, encontróse en una alternativa cruel.

La adúltera, segun la ley de los judíos, era castigada con la muerte. Cuando no habia testigos (bastaba uno solo), y la muger negaba la culpa, conducíase por orden del sanhedrin, á la puerta oriental del templo, y allí á presencia de todos, despues de arrancarle su velo violentamente, se le ponía en la garganta una cuerda traída de Egipto, para hacerla recordar los milagros que Dios habia obrado en aquel lugar, y con los cabellos tendidos sobre las espaldas, lo cual era una señal de infamia para las judias, un sacerdote, al tiempo de pronunciar la fórmula de una maldicion terrible, á la cual debia ella responder *Amen*, le presentaba la célebre copa de *las aguas de los celos*, que tambien se llamaban *aguas amargas*, porque tenian el sabor del acibar (2). Esta copa maldita mataba infaliblemente á la esposa criminal, á menos que su marido no hubiese sido igualmente infiel, en cuyo caso el milagro era imposible, “atendiendo, decian los doctores de Israel, á que no hubiera sido justo que uno de los culpables fuese absuelto, mientras el otro era castigado por Dios” (3). Un esposo de carácter violento, no hubiese dejado de arrastrar á María á presencia de los sacerdotes del Señor, á fin de someterla á la espantosa prueba de las aguas amargas; pero José, el mas moderado como el mas justo de los hombres, ni siquiera pensó en tomar este partido estremo. No pudiendo conservar á María bajo su techo, pues que la ley del honor y la de Moises se lo prohibian de consumo, quiso tomar al menos todas las precauciones posibles para que esta dolorosa separation no arrojase mancha ninguna sobre su virtud; *porque era justo, y no queria deshonrarla*. “La repudiaré, se decia tristemente José; pero será delante de Dios, y no á presencia de los jueces, que la condenarian á morir, y á mí á arrojarle la primera piedra (4). Quiero salvarla de las reconvenções de su familia y del menosprecio del mundo, ¿pero cómo salir de este

laberinto, en que el honor y la muerte se ofrecian á todas las salidas?" Y el hijo de David quedó sumergido en el mayor abatimiento.

Entonces fué cuando la Virgen debió felicitarle de haber concedido su mano al pobre artesano; con cualquiera otro esposo, su muerte hubiera sido trágica, y su memoria deshonrada; porque los judíos llevaban al exceso el fanatismo del honor y los resentimientos de los celos, como lo prueban las historias de Dina, de Thamar, y de la noble Mariana. *La pasión de los celos es dura como el infierno*, decia Salomon, que conocia bien al pueblo sometido á su cetro, *y el marido no perdona en el día de su venganza*. El vínculo paternal que unia á José con su joven esposa, excluía, á la verdad, los arrebatos de la pasión y el furor de los celos; pero quedaba el honor israelita, quedaban los tormentos del padre, y el engaño cruel del hombre que ve á su tesoro trocado en una cosa vil; quedaba, en fin, la voz imponente y severa de Jehová gritando por el órgano de su profeta legislador, *que la muger adúltera muera de muerte*; y José fluctuaba incierto entre mil proyectos contrarios, y hubiera dado mil vidas porque otro Daniel le hubiese dicho: *esta muger es inocente y pura*. Pero ningún profeta se lo aseguraba, y la misma María nada le decia.

El Eterno, desde lo alto de su estrellado solio, dirigia una mirada de complacencia sobre el hombre justo que EL habia pnesto á tan dura prueba, antes de elevarle al supremo honor de ser su representante sobre la tierra; y los ángeles, fijos los ojos sobre la santa casa de Nazareth, esperaban con ansiedad el resultado de esta lucha interior y profunda, en la que estaban combatiendo la humanidad, el deber, y los mas nobles sentimientos del alma. Al fin decidióse el patriarca por una idea tan generosa como heroica, y que casi le coloca al nivel de la reina de los ángeles; resolvió sacrificar su honor, la estimacion que le habia valido una vida sin mancha, los medios de subsistencia que le proporcionaban el sustento del día, y en fin, el aire de su país nativo, tan agradable de respirar cuando uno se acerca al sepulcro, y todo para salvar la reputacion de una esposa que ni siquiera procuraba justificarse, y á quien las apariencias tan cruelmente acusaban. Solo un

medio habia de dejar á María, sin perderla; porque su familia hubiera provocado esplicaciones que habrian tenido un fin funesto; y ese medio era expatriarse, ir á morir lejos en el suelo del destierro, y atraer sobre sí propio toda la odiosidad de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como triunfos y dolores sufridos con paciencia, que el cielo premia con tanta munificencia como el martirio: el sacrificio desconocido del esposo de la Virgen fué de este número. Para conciliar sus deberes y su humanidad, aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazon, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fé; aceptó el menosprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancar con su propia mano la corona de su buena reputacion, para arrojarla á los piés de aquella joven, cuyo estado misterioso é inesplicable llenaba su corazon de tristeza y su vida de amargura.

San Juan Crisóstomo no se cansa de admirar la bella y noble conducta de san José. "Era preciso, dice este gran santo, que á la aproximacion de la gracia del Salvador apareciesen ya muchas señales de una perfeccion mas heroica que todo lo que hasta entonces se habia creído mas perfecto sobre la tierra. Como cuando el sol va á aparecer, el oriente se colora de vivos resplandores, antes que los primeros rayos del día hayan salido del horizonte; asimismo Jesucristo, antes de salir del seno de la Virgen, iluminaba ya el mundo antes de nacer. He aquí por que, aun antes de su divino nacimiento, los profetas saltaron de gozo en el seno de sus madres, las mugeres profetizaron, y José resplandeció con una virtud sobrehumana."

Hemos seguido en esto la opinion de san Juan Crisóstomo, con preferencia á la de san Bernardo, que supone que José penetró por sí mismo el misterio de la encarnacion de Jesucristo, y que viendo á María en cinta, "no dudó, atendida la profunda veneracion que la profesaba, de que fuese la Virgen milagrosa de Isaías. Lo creyó, dice el apóstol de las cruzadas, y solo por un sentimiento de humildad y respeto, semejante á aquel que hizo decir despues á san Pedro: "Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador;" san José, que no era

menos humilde que Pedro, quiso también alejarse de la Virgen, no dudando que estaba en cinta del Salvador de los hombres.”

Esta interpretación, muy piadosa sin duda, y digna de aquel que ha sido honrado con el título de *devoto capellan de María*, está más conforme con las ideas ascéticas de la edad media que con las costumbres antiguas de los hebreos, y se pulveriza, por consiguiente, con el examen detenido del texto. En efecto, las palabras del Evangelista son tan claras, que necesario es un gran talento para oscurecerlas. No es aquel movimiento instintivo de temor religioso que nos hace permanecer á distancia de un objeto sagrado, el que sugirió á José la idea de abandonar á María; es un pensamiento de conciencia y de deber. “El era justo, dice Bossuet, y su justicia no le permitía permanecer al lado de una mujer que no podía creer inocente; porqué el sospechar tan solo que aquella encarnación se había efectuado por obra del Espíritu Santo, milagro verdaderamente sin ejemplo, era cosa que no podía caber en la razón humana.” (6)

Según la hipótesis de san Bernardo, las palabras del Ángel no habrían tenido sentido, ó lo tendrían falso, lo que es imposible. “No temas,—le dijo el embajador del Altísimo,—guarda á esa mujer bajo tu techo, porque ninguna mancha humana la ha deshonrado; lo que en ella ha nacido es el fruto del Espíritu Santo.” ¿José protesta de su indignidad en el momento que adquiere la certeza de que María lleva en su seno al mismo Autor de la naturaleza? ¿Espone al Ángel sus escrúpulos, que debían ser entonces más fuertes que nunca? ¿Pide que esa preciosa copa de honor que le presenta el celeste nuncio, pase de él á un mortal más digno que él? Nada de esto hace: cálmase las borrascas de su corazón, y goza de aquella tranquilidad dulce y profunda que se sucede á las grandes tormentas morales.

Arguyen algunos, que las profecías del Mesías eran familiares á José como á todos los hebreos; que él debía saber que los tiempos del Mesías estaban cercanos, y que considerada la santidad de María, que esta llevaba en su seno al Salvador del mundo. La inteligencia de las profecías que versaban

sobre el misterio de la redención, no era tan fácil de obtener como se cree. Sea que las descripciones alegóricas del reino glorioso del *Emmanuel*, del Mesías, hubiesen inducido en error á la Sinagoga; sea que el espíritu codicioso de los judíos no pudiese remontarse encima de la tierra, y lo concretase todo á los bienes terrenales; ello es que el pueblo hebreo, *ese pueblo de dura cerviz*, había entrado en un falso camino y no quería apartarse de él. El enviado de Dios, el deseado de las naciones, debía ser un legislador, un guerrero, un monarca magnífico y temible como Salomón. Los mismos apóstoles se engañaron por largo tiempo acerca de la misión humilde y pacífica del *Rey pobre que pasaba sin hacer ruido*: veíanseles mecere en sueños dorados y esperanzas de reinos, aun á la vista de la ciudad deicida, en que su maestro entraba para morir. Solo con grandes esfuerzos pudo traerlos Nuestro Señor al camino del espiritualismo, rectificando sus ideas siempre dispuestas á entrar de nuevo en el estrecho círculo de los bienes materiales y palpables, en que los retenían las ilusiones ambiciosas de los doctores y fariseos tradicionales.

Si, pues, los Apóstoles, esos hombres divinos que fundaron el cristianismo, tuvieron tanto trabajo para despojarse de las preocupaciones de su infancia, siendo así que vivían en medio de los milagros y en la intimidad del Mesías, ¿cómo José, por sí mismo y sin socorro del Altísimo, lo hubiera hecho? El vestido de paño burdo del cortesano, tenía poca analogía con la púrpura de los reyes de Judá, y lo que menos se esperaba era tener el Mesías nacido del pueblo. Por otra parte, la Galilea era el último país en que se hubiera pensado. “Leed la Escritura, decían los doctores de la ley á los discípulos de Cristo, y vereis que nada podemos esperar de la Galilea.” En efecto, los profetas habían designado nominativamente á Belén de Judá, Belén, *la casa del pan*, como el lugar del nacimiento del Mesías; y los rabinos comentadores, adelantándose á los profetas, designaban hasta el barrio de la ciudad donde debía nacer (7). José era demasiado humilde para creer que su modesta morada debía abrigar tanta grandeza, y el silencio de María nada tampoco le permitía conjeturar.

En cuanto á la idea de restituir á la Virgen á su familia

por *puro respeto*, como lo pretenden los sabios teólogos que se adhieren á la opinion de san Bernardo, hubiera sido impracticable en una nacion tan recelosa en todo lo que era relativo al honor de las mugeres. María era huérfana, y por consiguiente dependia de sus parientes, que no todos eran de carácter pacífico y algunos de los cuales no habian tal vez aprobado la union de su jóven parienta con el oscuro nazareno. Así, pues, es poco probable que se hubiesen contentado con las razones de José, y que hubiesen creído, sin nuevos y mejores datos, que la Virgen estaba en cinta del *Rey Mesías*. Por el contrario, todo induce la presuncion de que ellos hubiesen hecho comparecer al esposo ante el tribunal de los ancianos, para obligarle á dar las explicaciones que motivasen su conducta; porque no se trataba solo de un simple divorcio, sino tambien del estado del niño que llevaba en su vientre María, muger jóven, de sangre ilustre, y mal casada en cuanto á fortuna, si contamos los once que, segun san Gerónimo, se habian disputado el honor de enlazarse con la bella heredera de Joaquin.

De esto hubieran resultado dos graves hechos: ó bien José habria guardado silencio, y entonces se le hubiera condenado á tomar por segunda vez á su muger, con prohibicion de no separarse jamás de ella (8); ó bien hubiera afirmado bajo de juramento que el niño que llevaba María no era suyo, y entonces ese hijo no reconocido quedaba inhábil para todos los cargos públicos; su nacimiento, manchado en su origen, le prohibia la entrada en las asambleas nacionales, las escuelas públicas, el templo y las sinagogas; su posteridad, heredera de su infamia, no habria sido admitida á gozar de los privilegios de los hebreos hasta la décima generacion; finalmente, hubiera sido un *paria*, sin asilo, sin derechos, sin patria, y la sentencia que hubiese deshonrado á su madre, condenándola á ser apedreada, habria tambien marcado su frente y la de sus hijos con el signo reprobador de Cain. Pero nada de esto hubiera sucedido; antes de consentir esa mancha sobre su real genealogia, los orgullosos descendientes de David habrian quizá inmolido á la Virgen con sus propias manos. Tales ejemplos no son raros, y se reproducen todavía en nuestros dias, así en la Judea como en la Arabia (9).

José era demasiado prudente y humano para colocarse en una ú otra alternativa, y encontró, como siempre, que el partido mas generoso era tambien el mejor. Resolvió, pues, dejar su pueblo y la esposa amada, aunque sospechosa, que le habia proporcionado una vida tan dulce y feliz. Cuando se disponia á tan triste separacion, y dormia con un sueño agitado en su lecho solitario, apareciósele el ángel del Señor: "José, hijo de David,—le dijo el enviado celeste,—no temas tener contigo á María tu esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido formado por obra del Espíritu Santo. Ella dará á luz un hijo, á quien pondrás el nombre de Jesus, porque él será quien salvará á su pueblo, librándolo de sus pecados." José, despues de aquel sueño y de las palabras del ángel, encontróse enteramente cambiado. El honor que Dios le hacia, trasmitiéndole sus derechos sobre su hijo único, no le hizo olvidar su humildad; pero iba á ser padre y era esposo por el corazon, y así es que solo pensó ya en cuidar á María y á su divino Niño. La revelacion del ángel habia disipado todas sus dudas.

Pregúntase san Juan Crisóstomo, ¿por qué el ángel del Señor se apareció en sueños á José, y no manifiestamente, como á los pastores, á Zacarías, y á la Virgen? "Es, se responde él mismo, porque José tenia mucha fé, y no necesitaba de una revelacion mas clara. En cuanto á la Virgen, como se le debian anunciar cosas mas grandes y mas extraordinarias que cuanto se habia dicho á Zacarías, era preciso que se le anunciaran antes de que se ejecutasen, y por medio de una revelacion manifiesta. Tambien los pastores, como mas rústicos, tenian necesidad de una vision muy clara. Mas, José habiendo advertido ya el preñado de María, *del que concibió amargas sospechas*, y hallándose dispuesto á cambiar su dolor en gozo si alguno se anticipaba á aclararle el misterio, recibió con sumo júbilo la revelacion del ángel.... Esta conducta de la Providencia fué infinitamente sabia, porque sirvió para demostrar la excelencia de la virtud de José, y hacer la historia evangélica mas creíble, representándole agitado por los mismos sentimientos de que cualquier hombre hubiera sido susceptible en iguales circunstancias." (10)